

4. EL ATAQUE AL POBLADO DE LA HOYA (LAGUARDIA-ALAVA, ESPAÑA)

Attack on La Hoya settlement: Discovering a Celtic Battlefield

JOSÉ VICENTE JUANES FUERTES

Instituto Alavés de Arqueología - Arkeologiarako Arabar Institutua
vvjuanes@gmail.com

RESUMEN

Se analiza un episodio de violencia en el territorio de los berones: el asalto al poblado protohistórico de La Hoya en Laguardia (Álava). Las excavaciones del pasado siglo (1973-1989) revelaron la destrucción violenta del asentamiento. El análisis de los materiales recuperados junto a la información aportada por la arqueología espacial, permite sugerir la existencia de un combate entre poblaciones de origen céltico. Estos enfrentamientos internos son menos conocidos que las guerras celtibéricas y otros conflictos tratados en las fuentes escritas, por lo que el ataque a La Hoya nos da una buena oportunidad para investigar sus aspectos bélicos, sociales y rituales.

Palabras clave: *berones; celtas; arqueología del conflicto; arqueología del paisaje.*

ABSTRACT

This paper provides a study about a violent conflict in the Beronian ethnic group territory: the attack on La Hoya Celtic settlement in Laguardia (Álava-Basque Country, Spain). A partial archaeological excavation (1973-1989) revealed the violent destruction of village. The analysis of archaeological materials and the information provided by the spatial archeology suggests a combat between Celtic populations. This kind of violence is less known than Celtiberic and Roman Wars; so this bloody episode gives us a good opportunity to investigate its warlike, social and ritual aspects.

Keywords: *Berones; Celtic war; Conflict Studies; Landscape archaeology.*

1. LA HOYA

El poblado protohistórico de La Hoya se localiza en Laguardia (Álava), en el centro de la Rioja Alavesa. Esta comarca del Alto Ebro fue densamente habitada desde el Neolítico, periodo del que se conserva en la actualidad un importante conjunto megalítico (Fernández Eraso, 2011; 2013). El asentamiento ocupa una superficie de 4 Ha y los primeros indicios de ocupación humana se remontan al periodo Calcolítico. Se conocen mejor las etapas que van desde el Bronce Medio-Final (Llanos, 1989: 322) hasta la Segunda Edad del Hierro, cuando La Hoya experimentó un notable crecimiento urbanístico (Llanos, 2005: 19-25). Descubierta en 1935, el temprano estudio del poblado mediante sondeos y excavaciones reveló su extraordinaria importancia. La Campaña de 1973-1989, dirigida por Armando Llanos (Lla-

nos, 2002: 61-62), fue la más importante llegando a excavar un 15% de la extensión total y revelando potentes capas de escombros muy cremados, indicio de su destrucción violenta. La Hoya, enclavada en el territorio que las fuentes escritas asignan a los berones (Villacampa, 1980), fue durante los siglos V y IV a. C un importante centro de producción, intercambios y servicios, que seguramente vertebraría un amplio territorio en su entorno (Fig. 1). El ataque e incendio que sufrió el poblado a mediados del siglo IV a. C. acabó con su esplendor, pero permitió la conservación de interesantes datos para el estudio arqueológico. Los artefactos y restos humanos recuperados, dieron a conocer que la destrucción del hábitat tuvo lugar un día de mercado, cuando las mercancías a la venta estaban expuestas en las aceras de las calles y en tiendas (Galilea, 2004: 234). La abundancia de grano limpio puesto a la venta, permite situar el momento del ataque en los meses de verano, una vez concluida la cosecha.



FIGURA 1. Mapa de localización del poblado de La Hoya y límites geográficos atribuidos a los berones según las fuentes.

II. EL ATAQUE

La Hoya es un asentamiento en llano que apenas se eleva tres m. sobre el territorio que lo circunda. A causa de esta ubicación expuesta, sus habitantes dedicaron recursos y esfuerzo a dotarse de murallas, que fueron evolucionando en su tipología y materiales en las diferentes etapas de la vida del poblado. En la Edad del Bronce, se levantó una robusta empalizada de madera con las viviendas adosadas a su perímetro. Se cambió de material durante el Hierro Antiguo, cuando se emplearon mampuestos montados en seco y dispuestos en dos muros paralelos, cuyo interior se rellenó con piedras sueltas. Esta sólida muralla, que alcanzaba en algunos puntos 1,5 m de anchura, fue estudiada con detenimiento descubriéndose en las primeras hiladas de base unas cuernas de ciervo (Fig. 2-A), colocadas seguramente como parte de un ritual protector (Alfayé, 2007: 33-34). Durante la Segunda Edad del Hierro, se dejó un corredor defensivo entre la muralla y las viviendas. Los lados N y O se reforzaron con

muro de sillarejo que alcanzaba una altura máxima de 3 m (Fig. 2-B). La excavación reveló una vía de acceso al poblado por el sur, donde no se conserva la muralla a causa del laboreo agrícola moderno. Sin embargo, pudo recrearse el trazado original gracias a los restos de piedras de gran tamaño cimentados directamente sobre la roca del subsuelo. Junto al umbral de la entrada, fue edificado un recinto de planta triangular que pudo corresponder a una torre defensiva. Otros accesos al poblado son una entrada en su lado E, puesta al descubierto por una prospección geofísica de 2011 (Valle de Tarazaga y Bonthorne, 2017), y un portillo en el lienzo O de la muralla que daba acceso al interior mediante una rampa (Llanos, 2005: 27). A pesar de todas las defensas (Fig. 2-C), La Hoya se vio sorprendida por un ataque exterior inesperado que anuló cualquier protección, situación que nos plantea algunos interrogantes.

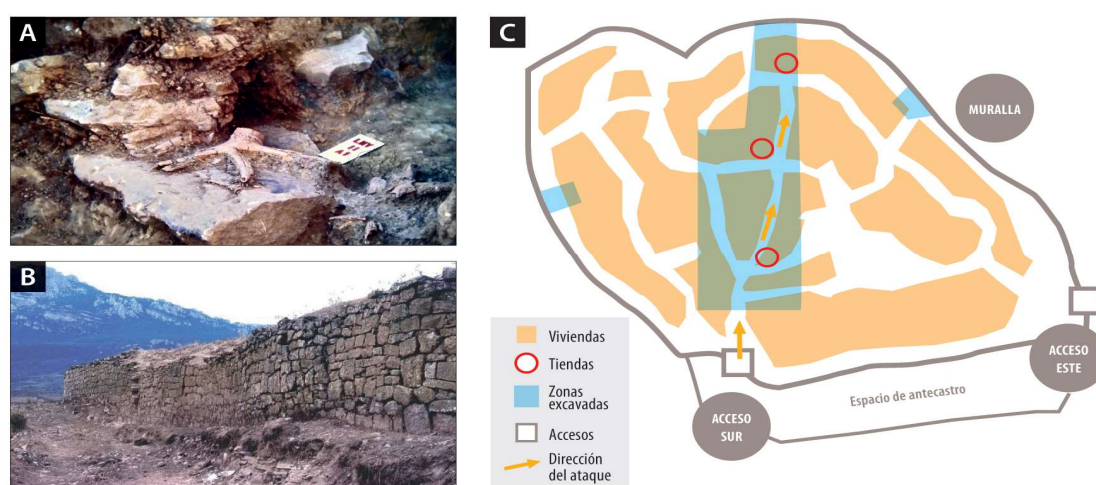


FIGURA 2. A: *Astas de ciervo colocadas intencionadamente entre las hiladas de la base de uno de los paramentos de la muralla.* B: *Muro del lado Oeste correspondiente a la Segunda Edad del Hierro.* C: *Esquema simplificado del poblado.*

En primer lugar: ¿Cómo entraron los asaltantes en el poblado? Es una pregunta que hasta el momento no ha sido abordada por la historiografía del yacimiento. Sin embargo, la arqueología del conflicto proporciona herramientas que nos permiten formular una hipótesis sobre la técnica del ataque. El amurallamiento de La Hoya era lo bastante potente para rechazar ataques de grupos armados y daba una posición ventajosa a los defensores. Su altitud sobre el territorio circundante era escasa, pero le proporcionaba suficiente control visual a corta y larga distancia. Por otra parte, la celebración de una fecha destacada como es un día de mercado, cuando los artesanos exhibían sus mercancías más valiosas, cuando se esperaba afluencia de compradores o artesanos llegados de los alrededores, exigió la organización de una vigilancia reforzada. La actividad del mercado, con entrada y salida de carros, hizo que se mantuvieran abiertas las puertas del poblado. Sin embargo, un ataque frontal no era una buena táctica porque sería advertido desde lejos por los vigilantes apostados en la muralla, permitiéndoles cerrar las puertas. Las evidencias arqueológicas sitúan el enfrentamiento en el interior de La Hoya, por lo que creemos que los atacantes se introdujeron con una treta similar al Caballo de Troya, aprovechando el flujo de personas del día de mercado, camufla-

dos como mercaderes o compradores para acceder al poblado ocultando sus armas y una vez dentro, desencadenar el ataque. El hecho de que el combate se desarrollase en el recinto del poblado –los restos de las víctimas aparecieron sobre todo en las calles y no junto a los lienzos de las murallas– parece corroborar esta hipótesis.

Y en segundo lugar: ¿Por qué se ofreció tan escasa resistencia? Los pobladores de La Hoya, fueron perfilados tras las excavaciones como una comunidad de carácter pacífico, jerarquizada y con división del trabajo. Era un poblado de campesinos y ganaderos, con sectores artesanales especializados –tejedores, alfareros, orfebres, metalúrgicos– y comerciales (Llanos, 2005: 29-31). Las tareas agrícolas como la siembra, cosecha o molienda requerían del trabajo comunitario de gran número de personas. De igual manera, en el mercado las mujeres y los niños del poblado vendían sus productos. Sin duda, una parte de la población masculina disponía de armas para defender las entradas y las murallas, pero el devastador efecto del ataque nos indica que, o bien eran muy pocos en número o muy inferiores en capacidad bélica con respecto a los atacantes, que fueron militarmente muy efectivos.

Una vez dentro de La Hoya, los asaltantes avanzaron por la vía principal destruyendo todo a su paso (Fig. 3-A). Tanto en la calle como en las aceras, los habitantes del poblado vendían grano, gallos, jabalíes vivos con las patas atadas o preparados en porciones. Las mujeres tejían con sus telares y los alfareros modelaban piezas con el torno rápido frente a los visitantes al mercado. Algunas viviendas que tenían función de tiendas (Llanos, 1999), exponían sus productos en las aceras y se situaban en la confluencia de calles y plazas con trasiego de gentes (Fig. 2-C). En ellas podían comprarse utensilios cerámicos (Fig. 3-B), cereales, herramientas agrícolas de hierro, tejidos y piezas de adorno en bronce y ámbar (Fig. 3-C). Este animado mercado no tuvo oportunidad de replegarse y fue destruido *in situ*. Sin duda, fue un ataque sorpresa.

Los agresores emplearon una táctica intimidatoria habitual en los celtas: exhibir una gran violencia al inicio del ataque, con el fin de provocar en los atacados un terror paralizante que les incapacitase para la defensa. De este modo, las personas que se encontraban al comienzo de la calle fueron horriblemente mutiladas: los cortes de manos y cabezas provocaron el pánico y la huida de todos quienes participaban en el mercado (Fig. 3-D).

Los atacantes también dejaron su mortífero rastro dentro de las viviendas cuyas puertas daban a la desdichada calle. Lo demuestran los restos calcinados de una persona, hallados junto a un valioso ajuar, en el interior de una estructura identificada como una sauna seca (Llanos, 2002: 73). En la zona excavada, los restos de víctimas no son muy numerosos, lo que puede ser indicio de que se buscaba más la destrucción del centro productor-comercial que una masacre poblacional. Sin embargo, algunos investigadores como A. Llanos creen que puede haber un «fondo de saco» en las zonas sin excavar, donde se concentren gran cantidad de cuerpos. También es posible que parte de la población escapase salvando la muralla desde el interior o a través de alguna de las puertas o portillos de salida del poblado.

En los cadáveres de adultos tendidos en las calles, se aprecian mutilaciones y amputaciones. Está claro que fueron realizadas en el transcurso de una lucha y sin ceremonial ninguno, pero siguen unas pautas que podrían no estar exentas de significado ritual. No es casual que eligieran seccionar en varios cuerpos los brazos derechos y las cabezas. Los restos de un varón

de 1,65 m. de estatura (Fig. 3-E), a menudo se toman como ejemplo del ritual de las cabezas cortadas en la península ibérica, aunque su cráneo fue encontrado tan solo a 11 m. del resto del cuerpo. Quienes le mataron, no consideraron valioso conservar su cabeza como trofeo de guerra, seguramente porque era un humilde campesino o artesano que defendía sus pertenencias y no un guerrero. Los agresores recalcaron cruelmente su dominio por la fuerza y la decapitación puede estar relacionada con el deseo de humillar a los vencidos desmembrando sus cuerpos (Gracia, 2015: 56). En la excavación fue llamativa la ausencia de algunas de las manos que fueron cortadas en la lucha, como la de una niña que conservaba sus pulseras de bronce en su brazo violentamente cercenado (Fig. 3-F). Podemos encontrar una explicación en la costumbre de conservar la extremidad superior derecha de la víctima como trofeo (Sopeña, 2008: 277).

Los defensores tenían sus propios ritos, como la mencionada colocación de cuernas de ciervo en las murallas. Abundan también las representaciones geométricas, astrales o de animales (ofidios, caballos, bóvidos) típicas de las culturas célticas. Sin embargo, su rito más sorprendente es el relacionado con los cráneos, revelado por objetos de adorno tallados sobre huesos craneales recortados o por la presencia de una bóveda craneal humana junto a un recipiente cerámico, en el interior de un edificio que podría estar destinado al culto (Llanos, 2008: 1275).

Volviendo al momento del ataque, tras la matanza inicial y la huida, las calles quedaron vacías. Los atacantes pudieron realizar entonces una destrucción sistemática del poblado e incendiarlo totalmente. Las techumbres de materias vegetales y la madera de los postes y vigas, condujeron rápidamente el fuego por todos los tejados del poblado. Con las estructuras de madera calcinadas, se derrumbaron los muros de adobe de las viviendas. Tras la batalla, La Hoya quedó completamente arruinada y en las calles solo se veían cadáveres abandonados, animales sacrificados y despojos de lo que había sido un floreciente mercado, todo ello cubierto por las cenizas y restos carbonizados de las edificaciones. Los supervivientes nunca regresaron a recuperar los cuerpos de sus familiares, sus ajueres o lo poco que pudo salvarse de sus pertenencias. Tiempo después, se reconstruyeron algunas estructuras sobre los escombros. Eran viviendas de poca calidad que aprovecharon cimientos y estructuras anteriores, pero el poblado no llegó a alcanzar los anteriores niveles de pujanza socioeconómica. La Hoya fue definitivamente abandonada en algún momento avanzado del siglo III a. C. Este fue el canto de cisne de un núcleo habitado durante más de mil años. La pregunta que subyace es porque el poblado fue destruido precisamente en el momento en que alcanzó su máximo esplendor. Tratemos de buscar las razones.

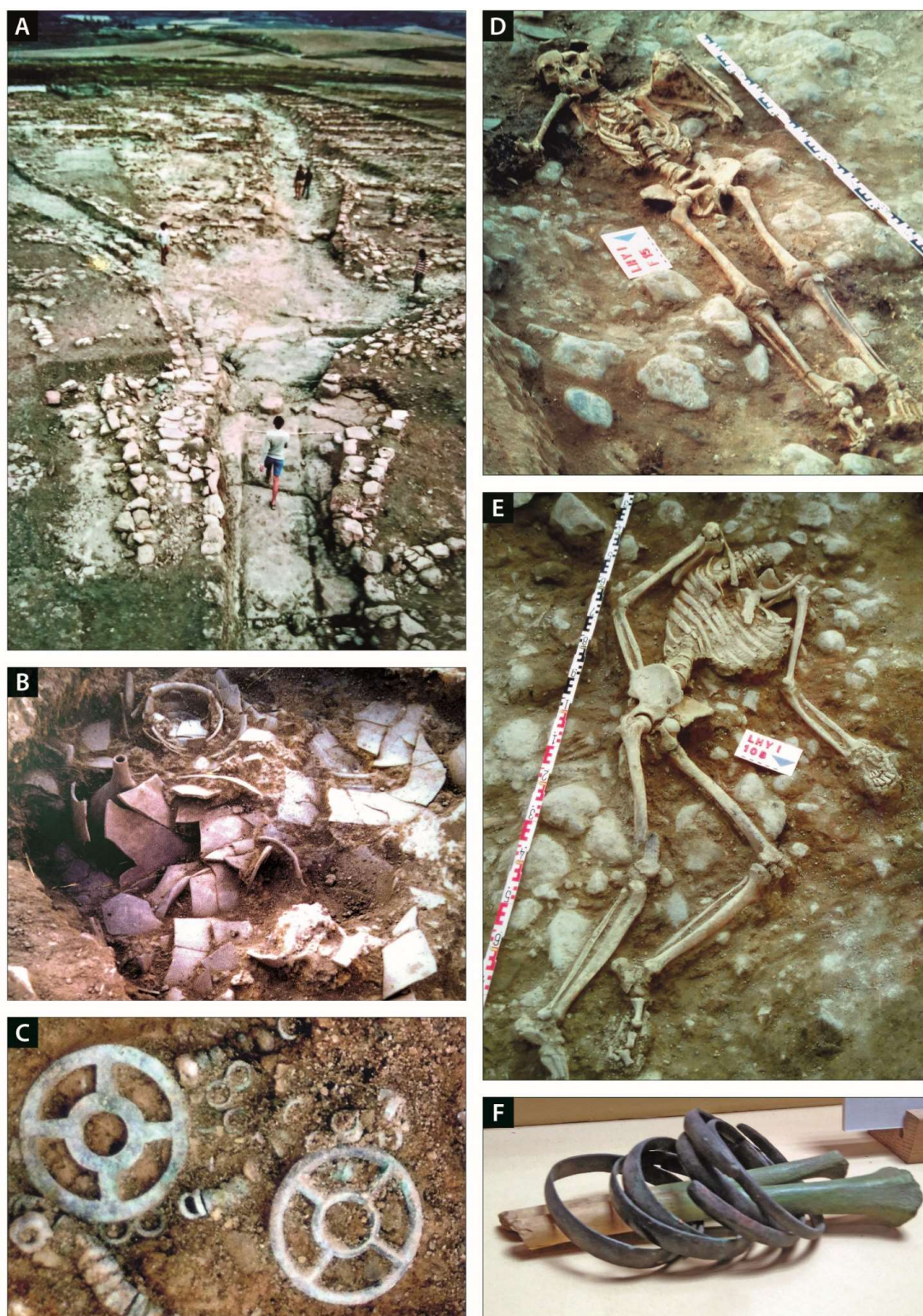


FIGURA 3. A: Excavaciones del poblado de La Hoya, Campaña 1973-1989. Se aprecian marcas de ruedas de carro en la entrada S que da acceso a la calle central donde se celebraba el mercado. B: Restos de cerámica en el interior de una tienda. C: Collares de rueda que estaban a la venta en el mercado. D: Víctima con el antebrazo derecho seccionado. E: Varón con la cabeza cortada en el combate. F: Restos del antebrazo de una niña con siete pulseras de bronce, conservado en el Museo del poblado de La Hoya.

III. BUSCANDO EXPLICACIONES

La violencia del mundo celta, destacada desde la Antigüedad por los testimonios de Ptolibio, Estrabón o Diodoro Sículo, era un medio habitual para solucionar contenciosos internos. El ataque a La Hoya no fue algo excepcional y puede incluirse en esta dinámica violenta. Una mirada al entorno del poblado, tanto a escala local como regional, puede aclararnos las razones del conflicto que llevó a su destrucción.

III.1. UN ENTORNO LOCAL INTRINCADO: EL COMPLEJO DE POBLADOS DE LAGUARDIA

Alrededor de La Hoya existían otros dos hábitats organizados: La Costera estaba apenas a 500 m y era un asentamiento en llano de carácter productivo. En cambio, Cerro Laguardia se situaba en alto, a 900 m de La Hoya, con una ubicación estratégica que le permitía ejercer el control territorial y custodia de los recursos de su entorno (Fig. 4-A). La complejidad de este panorama aumenta si analizamos la cuestión del armamento. En el interior del poblado atacado, la excavación reveló un marcado carácter productivo y se hallaron muy pocas armas, a pesar de ser un yacimiento congelado en el tiempo por un episodio bélico. Por esa razón, sorprendió tanto el hallazgo en 1986 de la necrópolis de Piñuelas. Este depósito funerario de incineración, contenía más de 60 cistas cuadrangulares de piedra (Fig. 4-B). En los ajueres se encontraron piezas de adorno y ofrenda como fíbulas, pulseras, vasijas o *sympula*, asociados a depósitos de armas con puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche o biglobulares (Fig. 4-C), lanzas, venablos y umbos de escudos. Este conjunto armamentístico ha sido objeto de publicaciones parciales (Filloy, 1990; 2002; Alonso, 1996; 2001; 2007; Alonso y López, 2007) y de un completo estudio técnico (Alonso, Cerdán y Filloy, 2007). Las armas de Piñuelas presentan costosos acabados, destacando las ornamentadas mediante damasquinados de compleja elaboración (Fig. 4-E). Este armamento tan valioso y personalizado por especialistas artesanos, diferenciaba a sus propietarios, hombres armados, de la población productora que habitaba La Hoya. Los portadores de armas importadas, debían exhibirlas con orgullo mostrando su posición social y poder. En algunas de las cistas, se localizaron elementos de caballería que señalaban la condición de jinetes de una parte de los inhumados y su posición social elevada, debido al valor económico de los caballos (Llanos, 2002c). La aparición de un *signum equitum* con doble prótomo de caballo (Fig. 4-D), indica la existencia de al menos una unidad militar agrupada bajo un emblema y simboliza a su grupo social diferenciado en el seno de la comunidad (Martínez y Fernández, 2017: 214-217).

Otra muestra significativa de armamento se descubrió casualmente en 1997, durante un desfonde para plantar viñedo, al sureste de La Hoya. En la necrópolis de La Costera, a pesar de su deficiente conservación, se recogieron cenizas de cremación y abundante armamento de la Segunda Edad del Hierro como fragmentos de lanza, puñales, tahalíes, espadas y anillas de un bocado de caballo (Llanos, 2002b: 100-103). Sin duda, era otro espacio funerario de guerreros celtas relacionado con el de Piñuelas. Ambas necrópolis se construyeron cerca de las zonas habitadas para mantener la memoria de los guerreros reforzando la identidad del grupo y los clanes frente al individuo (Apellániz, 2008: 182).

El conjunto funerario de Piñuelas coincide cronológicamente con las fases de esplendor del poblado de La Hoya, tal como muestra la presencia de similares artefactos –fíbulas, *sympula* o collares– en ambas localizaciones o las dataciones de radiocarbono: una fecha del 460 ± 85 B.C. para el poblado y de 410 ± 90 B.C. en la necrópolis. Cabe cuestionarse entonces porqué no participaron estos contingentes armados en la defensa del poblado y sobre todo: ¿Eran necrópolis asociadas en exclusiva a La Hoya como se viene recogiendo en las investigaciones? No necesariamente, ya que pueden plantearse los tres núcleos habitados –La Hoya, La Costera y Cerro Laguardia– como una única entidad, con varias necrópolis asociadas de las que se han descubierto o conservado dos.



FIGURA 4. A: Distribución de los poblados de La Hoya, La Costera, Cerro Laguardia y necrópolis. B: Necrópolis de Piñuelas. C: Signum equitum de Piñuelas. D: Vaina y puñal biglobular. E: Vaina de puñal decorada con hilos de plata sobre magnetita.

Los guerreros incinerados en La Costera y Piñuelas formarían parte de clanes militares. Aunque desarrollaran tareas productivas similares a las de el resto de la comunidad, poseían el derecho a portar armas, tenían el poder adquisitivo suficiente para comprarlas y recibían un entierro ritual al morir. Su posición social les permitía controlar el comercio y la producción en La Hoya, proporcionándoles capacidad económica para obtener caras panoplias de armamento importadas. Su lugar de residencia habría que situarlo en el principal punto estratégico de la comarca, que no es otro que Cerro Laguardia, ya que carece de sentido dejar desguarnecido un promontorio tan destacado. La existencia de un manantial de agua dulce en la parte alta del cerro y su situación topográfica, han hecho de Laguardia un núcleo urbano permanentemente habitado desde hace unos 4.000 años. En 2002 su Casco Histórico obtuvo la categoría de Conjunto Monumental, obligando a la supervisión arqueológica de cualquier obra. Desde entonces se han localizado algunos restos de viviendas de la Edad del Bronce y del Hierro Antiguo. Más importantes son los vestigios de la Segunda Edad del Hierro, que han revelado estructuras de habitación –cabañas y viviendas de tipología similar a las del poblado de La Hoya– en varios puntos del cerro, además de abundantes cerámicas de torno rápido decoradas y restos de fíbulas de bronce (Ajamil, 2006; Llanos, 2014: 31-32). Suele aceptarse que los supervivientes del ataque a La Hoya se trasladaron al cerro de Laguardia porque ofrecía más garantías de defensa, pero es preciso tener en cuenta que este grupo humano, derrotado y sin pertenencias, llegaría a un núcleo habitado desde hacía siglos y que debía contar con su propia organización interna y posiblemente con estructuras de mando de clanes guerreros. También suscita interrogantes la identidad del grupo que intentó la reconstrucción de La Hoya ¿Eran antiguos habitantes que habían sido rechazados del Cerro Laguardia? Son cuestiones que el actual conocimiento arqueológico no permite conocer.

El asentamiento de La Costera compartía espacio con la necrópolis de la que hemos hablado y es conocido exclusivamente por campañas de prospección superficial (Llanos, 1998 y 2002b: 100-103). Sus materiales arqueológicos son similares a los de La Hoya y fue señalado como un pequeño núcleo dependiente de aquel, aunque la presencia de la necrópolis de guerreros añade complejidad a la interpretación del conjunto.

La Hoya, La Costera y Cerro Laguardia fueron núcleos interrelacionados y complementarios, que debieron funcionar como un lugar central, organizando su territorio circundante. Los clanes guerreros eran el sector social más destacado, pero debemos tener en cuenta la posibilidad de que existieran otras autoridades: en La Hoya, el trazado urbanístico previo y la ejecución ordenada de viviendas, calles y murallas, refleja que la comunidad del poblado estaba organizada y poseía conocimientos y técnicas, por lo que debía contar con algún poder local de coordinación y mando.

Los habitantes del Cerro Laguardia y La Costera no sufrieron la destrucción e incendio que padecieron sus vecinos de La Hoya. No solo llama la atención que el ataque fuese preciso y directamente dirigido contra el próspero poblado en llano, permitiendo sobrevivir a los restantes núcleos del complejo y que continuasen habitados en periodos posteriores, lo sorprendente es que los contingentes armados relacionados con los poblados no reaccionasen ante un ataque exterior. Como vemos, este complicado panorama local plantea numerosos interrogantes, pero también a nivel regional cabe hacerse preguntas.

III.2. ENTORNO REGIONAL

Las tierras beronas situadas en la margen izquierda del Ebro contaban con numerosos asentamientos durante la Primera Edad del Hierro (Juanes, 2014: 122-125). Este paisaje de poblados uniformemente distribuidos por el territorio, fue alterado por los cambios socioeconómicos acontecidos alrededor del siglo V a. C. (Burillo, 1998: 216; Armendáriz, 2008: 195-207), que ocasionaron la desaparición de nueve poblados. Este proceso, identificado en la comarca por trabajos de prospección, pudo confirmarse arqueológicamente gracias a las excavaciones del interesante poblado amurallado del Alto de Castejón (Navaridas-Álava), que mostraron una evolución desde el Neolítico a la Primera Edad de Hierro, siendo abandonando pacíficamente hacia el siglo V a. C. (Martínez, Neira y Sánchez, 2017). Esta alteración del patrón de asentamiento, puede entenderse como una fase previa a la concentración de recursos y habitantes en *oppida* a partir del siglo IV a. C. La nueva estructura territorial estableció una jerarquía comarcal, dominada por lugares centrales que organizaban políticamente su entorno. Al margen se mantuvieron algunas entidades menores con un modo de vida rural. En la comarca destacaron dos grandes núcleos: el complejo poblacional de Laguardia que acabamos de comentar y el *oppidum* de Monte Cantabria, situado frente a la desembocadura del Iregua en el Ebro (Fig. 5).

La capacidad económica y comercial de La Hoya, sobre todo a partir del siglo V a. C., ejercía de foco de atracción en la mitad occidental de la Sonsierra. Todo apunta al incremento demográfico y al éxito de su modelo socioeconómico, que permitía una explotación intensiva de la tierra gracias al instrumental de hierro producido en el poblado como las rejas pesadas de arado, que potenciaban los rendimientos agrícolas y la consiguiente acumulación de excedentes para su comercialización. Prueba de ello sería el hallazgo de grandes dolias con capacidad de hasta 90 l. de trigo y amplios espacios en el interior de las viviendas para almacenar grano. A lo que debemos añadir la aparición en las tiendas del poblado de sistemas de contabilidad con ponderales, usados para intercambiar mercancías por metales, que indican la existencia de personas o grupos sociales que desarrollaban actividades comerciales complejas (Galilea, 2004 y 2011).

El otro lugar central de la comarca se articulaba en torno al *oppidum* de Monte Cantabria. Era un gran núcleo situado en alto, a unos 15 km. de La Hoya y mucho más extenso que el asentamiento alavés. Su parte habitada ocupaba una superficie de 9 Ha., disponiendo de otras 11 como zona económica. El amplio perímetro de Monte Cantabria contaba con formidables elementos defensivos que incluían fosos y varias líneas de murallas (Armendáriz, 2008: 3). Su ubicación ocupando una amplia terraza situada frente al Ebro y controlando la desembocadura del Iregua, le confería amplio control sobre extensas tierras fértiles y vías de comunicación de sus territorios circundantes (Larrauri, 2013: 102-112).

Como vemos, la rivalidad entre estos dos centros por alcanzar la preponderancia comarcal estaba ya presente en el siglo IV a. C. (Fig. 5). En este contexto, podemos interpretar mejor la ausencia de pillaje y el grado de destrucción sistemática empleado contra La Hoya. Todo parece indicar que el objetivo del ataque era anular el poblado como centro económico, por lo que pudo ser organizado desde un núcleo comercial rival. Los agresores seguramente procedían de las cercanías, puesto que la preparación de un asalto por sorpresa –eligiendo el preciso momento de un día de mercado para destruir toda la producción del poblado– exige un buen conocimiento del objetivo, tanto de sus defensas como de sus

ritmos de vida, accesos, horarios, etc. Esa misma cercanía hace posible que ambos contendientes tuvieran una relación frecuente, que diera lugar a conflictos u ofensas que debían ser vengadas. Por ello, tampoco es descartable que el ataque fuese un violento escarmiento, causado por alguna discrepancia tribal cuya memoria se ha perdido: códigos de honor, rivalidad entre jefes, afrenta por alguna ofensa entre clanes, etc.

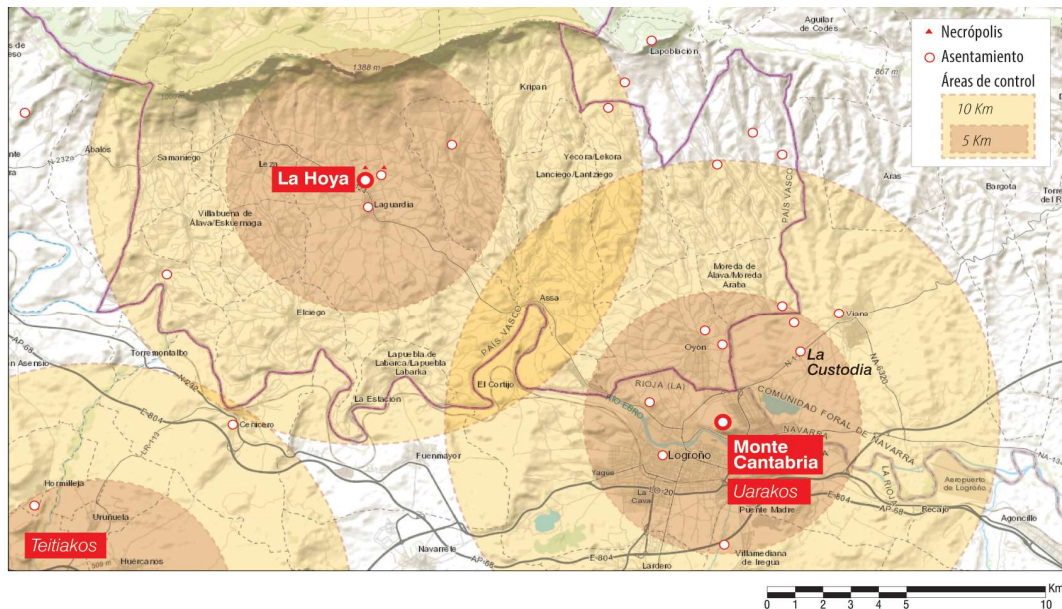


Figura 5. Mapa de distribución de asentamientos y lugares centrales en las tierras beronas situadas en la margen izquierda del Ebro.

IV. CONSECUENCIAS

La destrucción del poblado de La Hoya ocasionó el reordenamiento espacial del terreno berón al norte del Ebro. Desaparecido el centro productor y redistribuidor de bienes más importante de la Sonsierra central, otros centros cercanos vieron modificados su estatus. En el complejo de Laguardia surgió un nuevo núcleo de población, el asentamiento de La Iglesia (Fig. 6-B). Sin embargo, la función que cumplía La Hoya como lugar de distribución, transacciones e intercambios locales fue asumida con el paso del tiempo por Cerro Laguardia, que conocería el comercio monetario en el Hierro Final. Este periodo de esplendor se revela en la construcción de una gran obra pública: el estanque de La Barbacana (Fig. 6-C). Se trata de un depósito hídrico de casi 19 m. de longitud, asentado sobre la roca del subsuelo y que recogía el agua que manaba de la parte alta del cerro, estimándose una capacidad de almacenaje de 300.000 l. Conservaba una escalinata de tres grandes piedras para acceder a las aguas. Los objetos encontrados durante la excavación —armas, torques, fíbulas y copas de cerámica— se relacionan con funciones rituales del estanque (Pereda, 1998 y 1999) que se mantendrían durante el periodo romano, como parece confirmar el hallazgo en las cercanías de un ara dedicada a las *matres* de origen céltico (Nuñez y Blanco, 2002). El estanque cumplía funciones de abastecimiento doméstico, suministro agropecuario y de culto, de manera similar a los estanques galorromanos de Bibracte,

Nimes, Glanum o Argentomagus (Almagro-Gorbea y Gran, 1991). El cerro se mantuvo habitado durante la romanización y en la Edad Media, Laguardia se transformó en una fortaleza que defendía las fronteras meridionales del reino de Navarra.

En cuanto al Monte Cantabria, las transformaciones socioeconómicas del siglo V a. C. le permitieron alcanzar su máxima extensión y desarrollo. La desaparición de La Hoya, posibilitó que este *oppidum* fuese durante los siglos IV y III a. C., la ciudad hegemónica de un extenso territorio a ambos lados del Ebro (Armendáriz, 2008: 217-219 y 265-266). El nuevo ordenamiento romano en el Alto Ebro a partir del II a. C., motivó la decadencia y el declive definitivo de Monte Cantabria, que fue paralelo al auge de la ciudad en llano de La Custodia-*Uarakos* (Labeaga, 1999; Armendáriz, 2008: 265-266) situada tan solo a 3,9 km del cerro logroñés.

El ataque a La Hoya –como sostiene la historiografía existente sobre el poblado– pudo ser una operación de castigo, pero la devastación fue tan completa que hace más verosímil la hipótesis de una agresión planificada, con el objetivo claro de eliminar a La Hoya como centro económico y comercial. La rivalidad entre lugares centrales existente en la comarca, desencadenó el ataque en un contexto de aguda competencia por la hegemonía territorial. La propia destrucción y el cruel trato dado a las víctimas parecen indicar la existencia de connotaciones rituales, algo frecuente en las sociedades antiguas, donde los vínculos entre la guerra y las prácticas religiosas o rituales eran estrechos (Ciprés, 1993: 81). Sin embargo, debemos recordar que existe un 85% de terreno por excavar en el yacimiento de la Hoya, y tal vez allí estén enterradas las claves definitivas para comprender totalmente su violenta destrucción.

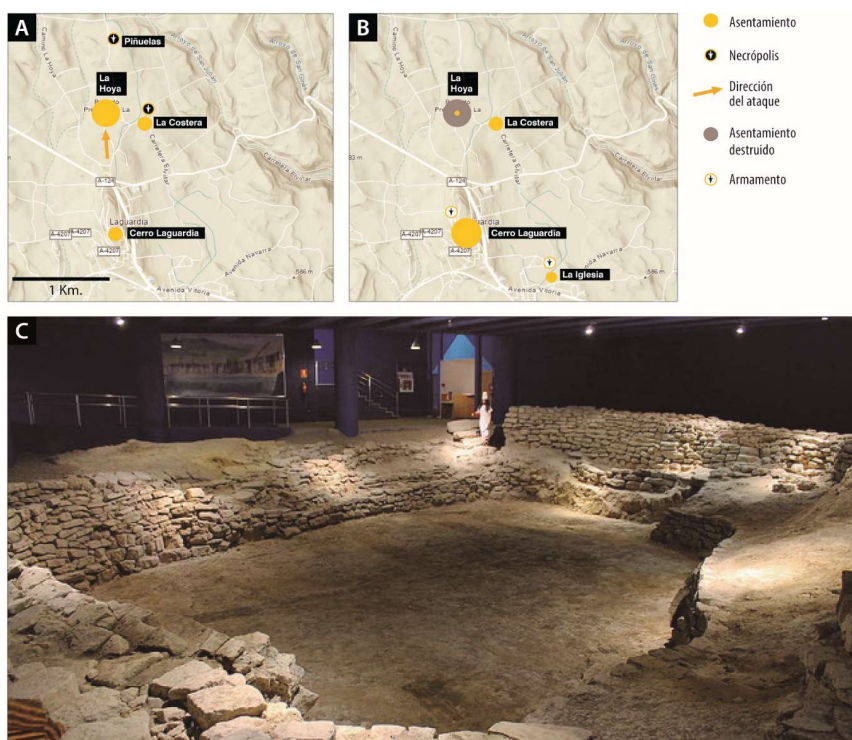


FIGURA 6. A: Entorno local de La Hoya en el siglo IV a. C. B: La misma zona en el siglo II a. C. C: Restos musealizados del Estanque de La Barbacana

V. BIBLIOGRAFÍA

- ALFAYÉ VILLA, Silvia (2007); Rituales relacionados con murallas en el ámbito celtibérico. *Palaeohispanica* 7, pp. 9-41.
- ALMAGRO-GORBEA, Martín; GRAN AYMERICH, Jean (1991); El estanque monumental de Bibracte (Borgoña, Francia). *Extra Complutum* I, Madrid.
- AJAMIL BAÑOS, Francisco J. (2006); Indicios Arqueológicos del poblamiento Altomedieval del cerro de Laguardia. *Estudios de Arqueología Alavesa* 23, pp. 209-225.
- ALONSO LÓPEZ, Jesús (1996); Substratos de bronce en objetos férreos procedentes de la Necrópolis de la Hoya (Laguardia, Álava). *Munibe* 48, pp. 59-63.
- ALONSO LÓPEZ, Jesús (2001); Revestimientos de magnetita en el hierro prerromano: Arqueometalurgia y conservación en la necrópolis de La Hoya (Laguardia, Alava). En GÓMEZ TUBÍO, Blanca M., RESPALDIZA GALISTEO, Miguel A. y PARDO RODRIGUEZ, María L. (Eds.), *Actas del III Congreso Nacional de Arqueometría* (Sevilla, Septiembre de 1999), pp. 457-466. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- ALONSO LÓPEZ, Jesús (2007); Umbos de Escudo reformados en la Necrópolis de la Hoya. *Akobe: restauración y conservación de bienes culturales* 8, pp. 58-59.
- ALONSO LÓPEZ, Jesús, CERDÁN, Rubén; FILLOY NIEVA, Idoia (1999); Nuevas técnicas metalúrgicas en armas de la II Edad del Hierro. Diputación Foral de Álava, Departamento de Cultura. Vitoria-Gasteiz.
- ALONSO LÓPEZ, Jesús; LÓPEZ SEBASTIÁN, Paloma (2007); Armas negras en la protohistoria de la Península Ibérica. Restauración y caracterización morfoestructural. *Akobe: restauración y conservación de bienes culturales* 8, pp. 60-64.
- ARMENDÁRIZ MARTIJA, Javier (2008); De aldeas a ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a. C. en Navarra. Gobierno de Navarra, Departamento de Cultura y Turismo, Institución Príncipe de Viana. Pamplona.
- BURILLO MOZOTA, Francisco (1998); Los celtíberos. Etnias y estados. Editorial Crítica. Barcelona.
- CIPRÉS TORRES, Pilar (1993); Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea. Universidad del País Vasco. Vitoria-Gasteiz.
- FERNÁNDEZ ERASO, Javier (2011); La prehistoria reciente en la Rioja Alavesa: 25 años de investigaciones. www.euskonews.eus/0571zbnk/gaia57103es.html
- FERNÁNDEZ ERASO, Javier; MUJICA ALUSTIZA, José A. (2013); La estación megalítica de la Rioja Alavesa: cronología, orígenes y ciclos de utilización. *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología* 71, pp. 89-106.
- FILLOY NIEVA, Idoia (1990); Tahalies y otros elementos de anclaje en la necrópolis celtibérica de La Hoya (Laguardia, Alava). En BURILLO MOZOTA, Francisco (coord.), *Necrópolis celtibéricas: II Simposio sobre los celtíberos*. pp. 241-246. Institución Fernando El Católico. Zaragoza.
- FILLOY NIEVA, Idoia (2002); Los puñales con empuñadura globular de frontón en la necrópolis de la IIª Edad del Hierro de La Hoya (Laguardia, Alava). *Gladius* 22, pp. 57-72.
- GALILEA MARTÍNEZ, Fernando (2004); Los sistemas de peso en la Península Ibérica durante la IIª Edad del Hierro. *Estudios de Arqueología Alavesa* 21, pp. 209-252.
- GALILEA MARTÍNEZ, Fernando (2011); La producción cerámica a torno durante la IIª Edad del Hierro en tierras de la Celtiberia norte. Su composición química. *Estudios de Arqueología Alavesa* 27, pp. 483-542.

- GRACIA-ALONSO Francisco (2015); Cabezas cortadas y rituales guerreros en la Protohistoria del Nordeste Peninsular. En VIDAL, Jordi; ANTELA, Borja (eds.), Guerra y religión en el mundo antiguo. Actas de las V jornadas sobre la Guerra en el Mundo Antiguo. pp. 25-110. Libros Pórtico. Zaragoza.
- JUANES FUERTES, José V. (2014); Los procesos históricos como factores modificadores de los paisajes antiguos: el caso de la Sonsierra Riojano-Alavesa. Cuadernos de arqueología de la Universidad de Navarra 22, pp. 119-148.
- JUANES FUERTES, José V. (2017); El paisaje de la Sonsierra Rioja Alavesa en la Antigüedad: economía, sociedad y procesos históricos. Estudios de Arqueología Alavesa 28, pp. 63-340.
- LABEAGA MENDIOLA, Juan C. (1999); La Custodia, Viana, Vareia de los Berones. Trabajos de Arqueología Navarra, 14. Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana. Pamplona.
- LARRAURI, Sergio (2009); Monte Cantabria: arqueología e historia del yacimiento logroñés. Iberia: Revista de la Antigüedad 11-12 (monográfico), Logroño.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (1998); Fincas El Pozo y La Costera (Laguardía). Arkeoikuska 97, pp. 242-247.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (1999); La presencia celtibérica como impulsora del comercio: un caso concreto en el Alto Ebro. El poblado de La Hoya (Laguardía, Alava). En BURILLO MOZOTA, Francisco (coord.), IV Simposio sobre celtíberos. Economía, pp. 351-356. Institución Fernando El Católico. Zaragoza
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2002); Celtización y celtiberización de la Rioja Alavesa: los primeros núcleos urbanos». En Espacio, sociedad y economía: Actas de las Primeras Jornadas de Estudios Históricos de Rioja Alavesa. Diputación Foral de Álava, Departamento de Cultura. Vitoria-Gasteiz, pp. 57-86.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2002b); Yacimientos arqueológicos en las proximidades del poblado de La Hoya (Laguardía. Álava). Estudios de Arqueología Alavesa, 19, pp. 96-107.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2002c); Las élites de caballería de la Edad del Hierro en Álava y zonas limítrofes. Estudios de Arqueología Alavesa 19, pp. 108-130.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2004); Algunos objetos de ritual, del poblado de La Hoya (Laguardía. Álava). Estudios de Arqueología Alavesa, 21, pp. 149-172.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2005); Mil años de vida en el poblado Berón de La Hoya (Laguardía-Álava). Diputación Foral de Álava, Departamento de Cultura. Vitoria-Gasteiz.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2008); El rito de las cabezas cortadas, en el Poblado de la Hoya (Laguardía, Álava). Veleia: Revista de prehistoria, historia antigua, arqueología y filología clásicas 24-25, 2. pp. 1273-1282.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, Armando (2014); Estanque celtibérico Barbacana, 2100 años de agua. Gobierno Vasco. Vitoria-Gasteiz.
- MARTÍNEZ TORRECILLA, José M.; NEIRA ZUBIETA, Mikel; SÁNCHEZ ZUFIAURRE, Leandro (2014) Alto de Castejón. Arkeoikuska 2014, pp. 108-113.
- MARTÍNEZ VELASCO, Antxoka; ARGANDOÑA OTXANDORENA, Pedro (2016); El «signum equitum» de Altikogaña y el santuario del Balcón de Lazjua (Eraul, Navarra) simbología y religión de un poblado protohistórico. Munibe Antropología – Arkeologia 67, pp. 127-149.
- MARTÍNEZ VELASCO, Antxoka; FERNÁNDEZ AGÜERO, Leopoldo (2017); El «signum equitum» de El Otero (Rueda de Pisuerga, Palencia) y los «signa equitum» de la Cantabria Histórica. *Complutum* 28, N° 1, pp. 203-218.

- NÚÑEZ MARCÉN, Julio; BLANCO, Álvaro (2002); Una nueva propuesta de lectura y contextualización de la conocida ara votiva a las «Matribus Useis» de Laguardia (Álava). *Iberia: Revista de la Antigüedad* 5, pp. 49-64.
- PEREDA GARCÍA, Iñaki (1998); Solar del antiguo Instituto (Laguardia). *Arkeoikuska* 98, pp. 190-199.
- PEREDA GARCÍA, Iñaki (1999); Memoria de la excavación arqueológica en el solar del «Antiguo Instituto» en el polígono de La Barbacana (Laguardia, Araba). Inédita, Vitoria.
- SOPEÑA GENZOR, Gabriel (2004); El mundo funerario celtibérico como expresión de un «ethos» agnóstico. *Historiae*, 1, pp. 56-108.
- SOPEÑA GENZOR, Gabriel (2008); Acerca de la amputación de la mano diestra como práctica simbólica: el caso de Hispania en época de las guerras celtibérico-lusitanas. *Saldvie: Estudios de prehistoria y arqueología* 8, pp. 271-286.
- VALLE DE TARAZAGA, Francisco J. y BONTHORNE, Emma (2017); Prospecciones geofísicas realizadas en el territorio de Álava durante el año 2011. *Estudios de Arqueología Alavesa* 27, p. 117-121.
- VILLACAMPA RUBIO, María A. (1980); *Los Berones según las fuentes escritas*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño.